el dios primero de miguel hernández

Entre *Perito en lunas* (1933) y *El rayo que no cesa* (1936), Miguel Hernández escribió, además de teatro, muchos poemas, no agrupados bajo un título, que anuncia, en forma y contenido, las grandes dimensiones creadoras que iba a desplegar inmediatamente después su genio poético.

Durante este período, el poeta profundiza en los orbes personal y social; ensancha su visión de la Naturaleza, incorporándola a sus contenidos líricos; descubre sus íntimas vinculaciones con los demás seres naturales, al tiempo que cultiva una singular simbólica religiosa que le distancia espiritualmente de la sólida y estática devoción católica de su pueblo nativo.

Mucho antes de la implícita rebelión que supone *Sonreídme,* y a su margen, el gran oriolano había sustituido, en su cosmovisión, el personal Dios del catolicismo por otra concepción de lo divino más de acuerdo con el proceso evolutivo de sus ideas, de cuyo radicalísimo cambio no sabemos hasta qué punto se percató, ya que posiblemente las mutaciones fueron para él más vividas en el orden sentimental que en el lógico.

Esta inquisición acerca de las complejas galerías religiosas del poeta, iluminadas por deslumbrante hierofanía, es tratada aquí dentro de la forzosa brevedad de un artículo, si bien con

Ministerio de Cultura 2011

la intención de desarrollarla posteriormente hasta los límites que nos sean factibles.

A la pregunta de cuál fue el primer Dios nacido de la poesía hernandiana, y sujetos al esquematismo ya dicho, permítasenos, antes de responder, insinuar los siguientes presupuestos previos y precisos:

A) Miguel Hernández, espiritualmente desasido de la urbe de su nacimiento, a causa del imperante clasismo político-social, se ve alumbrado por la verdad del campo, se siente raigalmente campesino, eco y voz del pueblo humilde y penoso, también de la tierra, y, a esta luz, labra su destino humano y artístico.

B) La Naturaleza, exultante y desnuda en los mundos vegetal y animal, le ofrece una inédita y caudalosa materia poética, elevada más y más a símbolos universales.

C) La visión naturalista del lírico no se redujo a lo meramente instrumental con fines temáticos y apoyaturas metafóricas, sino que, como vida y vida única, se le entregó, enamorada, y con ella se confundió en abrazo infinito.

Es imposible la cabal comprensión de la poesía hernandiana sin este básico presupuesto vinculante e hilozoístico, de permanente comunión con la Naturaleza, pues Hernández, no sólo se vio criatura de esa eterna, prodigiosa entraña, sino ser multiforme en su seno y anhelo de llegar a ser todas y cada una de las "cosas de Dios". Y, así, nos dijo en *Egloga-nudista:*

"Desnudos, sí, vestidos de inocencia,
te incorporas la vida, me incorporo,
somos, y no, cautivos
de las pequeñas vidas animales,
si llegan a rozar nuestra existencia.
Como después de vivos,
nos hacemos terrestres, vegetales
en esencia, en presencia y en potencia".

Y en *Invierno-puro,* declara:

"Me da el viento, Señor, me da una gana
el viento de volar, de hacerme ave
de lo más viva, de lo más lejana".

Ministerio de Cultura 2011

Todo cuanto posee un sentido en el espacio y en el tiempo surge de la Naturaleza y a ella retorna para renacer indefectiblemente. Por la Naturaleza o Dios, los entes son cosas naturales o "cosas de Dios":

"¿Qué hacéis las cosas
de Dios aquí: la nube, la manzana
el borrico, las piedras y las rosas?".

De este modo se preguntaba el poeta en *El silbo de afirmación en la aldea.*

D) Contemplada la existencia a esta luz, parece obvio añadir que de la poesía hernandiana desapareció muy pronto la dualidad psicosomática *cuerpo-alma* y metafísica *materia-espíritu,* ya que, en el marco del monismo naturalista, todo lo material es espiritual y viceversa:

"Corporal ya de alma, ya te pones
espiritual de cuerpo".

(*Arbol desnudo*)

E) Como necesaria secuela —tanto racional como sentimental— de las premisas que anteceden, Miguel Hernández, más o menos conscientemente, se fue alejando, a lo largo de aquellos años, coincidentes con la redacción del auto sacramental, de la intensa y tradicional devoción católica y aún de la fe en el Dios antropomórfico, personalizado, alfa y omega de dicha religiosidad.

Que el Dios de su hogar y de sus paisanos no era ya —en 1934— el suyo, lo testimonia en la segunda estrofa de *El silbo de afirmación en la aldea:*

"Yo vi lo más notable de lo mío
llevado del demonio, y Dios ausente".

Las sugerencias, aquí expuestas, temas a estudiar en el futuro, nos descubren, en el Miguel Hernández de los *Silbos,* clarísima inclinación hacia un misticismo naturalmente religioso o religiosamente natural, que tanto monta, ya que ambas nociones se resuelven en un concepto superior de carácter totali-

Ministerio de Cultura 2011

zador, dígase Vida, Naturaleza o Dios. Aquel misticismo de Miguel Hernández es del mismo talante, aunque incipiente, que el que define la obra última de Juan Ramón Jiménez, cuyas palabras en *La corriente infinita* (Madrid, Aguilar, 1961) pueden ser aplicadas al Miguel Hernández de 1934: "Mi destino es un destino elemental, como un destino de agua, de fuego, de aire, de tierra" (1).

Ya hemos dicho que los seres son "cosas de Dios" y que, por lo tanto, reflejan la divinidad:

"¿Para qué la presencia?; ya te basta
la esencia de las cosas" (2).

Los nombres de tales entes son los nombres de Dios:

"Pan y pan, vino y vino,
Dios y Dios, tierra y cielo.
.....
Cereal y vinícola en el raso,
Dios, al fin, accidente,
hace en la viña y en las mieses nido.
.....
¡Qué solemne! morada
de Dios la tierra arada, enamorada
.....
Ruedo es la era ya de polvo y nada:
¡tanto que fue! la era, por la trilla,
todo de Dios, en Dios siempre resuelta".

(Ob. cit., 155, 157)

No cabe duda que estos versos de *La morada amarilla* giran en la misma órbita lírica e ideológica del auto sacramental, obra de apariencia católica en cuanto "Comulgatorio", pero no en su filosofía. Por eso, *La morada amarilla* se inicia afirmando la identidad casi panteística de la divinidad y el trigo:

---

(1) Texto citado en SANTOS-ESCUDERO, C.: *Símbolos y Dios en el último Juan Ramón Jiménez*. Madrid, Gredos. 1975, pág. 207.

(2) HERNANDEZ, M.: *Obra poética completa*. Madrid, Zero, 1976, página 142. Citamos de esta edición.

Ministerio de Cultura 2011

"¡Apunta Dios! la espiga en el sembrado,
florece Dios, la vid, la flor del vino".

La sinonimia de aliento animista se repite con suficiente frecuencia como para justificar la interpretación que sostenemos:

"Dices a Dios que obre
la creación del campo solo y mondo,
¡tú!, que has sacado a Dios de los trigales
candeal y redondo".

En este poema —*Profecía sobre el campesino*—, la era se transfigura en símbolo de la Sagrada Forma.

En otras intuiciones, lo divino adquiere la fluidez formal del agua:

"Falta Dios, el Amor, la Gracia, el Agua".

(Ob. cit., 195)

El mar objetiva al máximo el proceso divinizador, y, así, en *Mar y Dios,* el Ser por antonomasia no sólo es "la Verdad, tan verde en su blancura", sino el mismo mar:

"Ni principio ni fin te halla la nave,
cuna de luz y luz de tu elemento,
¡mi Mar apasionado, mi Mar suave!".

(Ob. cit., 195)

Y, en otro lugar, Dios es

"Principio y fin del agua y las arenas".

(Ob. cit., 167)

Desde el alba de las experiencias místicas con versión literaria, la luz es uno de los elementos más idóneos para expresar la divinidad. Miguel, abundando en tan secular tradición, escribe:

Ministerio de Cultura 2011

"Si Dios creó la luz una vez sola,
la luz a El cada día".

(Ob. cit., 128)

Luz es verdaderamente nombre de Dios, sobre todo, en el misterio de la Encarnación:

"La Luz pasó el umbral de la clausura
y no forzó el sello ni la puerta",

en cuyo excepcional prodigio, Dios o Luz se sublima en otros valores como lo "Justo" o el "Sustento". (Ob. cit., 153).

Por esta senda de iluminada vía mística en cauce de lo poético, Dios, siendo Luz, es en sí y a la vez Silencio:

"Ya lo puro se ablanda y desmorona,
y... ¡silencio! ¿Es espíritu callado?
¿Es Dios? Sí. La Verdad no es respondona".

(Ob. cit., 121)

Del patentísimo poema *Silencio-divino,* destacamos lo que sigue:

"Silencio. Silencio.
La creación y el cielo.
.....
Pero ¿tu elocuencia
no es más que silencio,
Dios de lo creado?
.....
¡Señor, callaré!
Calla en todo tiempo.
No te justifiques,
no digas tu verbo.
Cuando te pregunten
pilatos pequeños
que ¿qué es la verdad?
calla verdadero.
¿Para qué palabras?
Bastan los ejemplos.
¿Para qué tus causas,

Ministerio de Cultura 2011

tus porqués, *tus* peros,
tus cómos *y* cuándos,
mundo, si ya tengo
toda la verdad
en todo el objeto?
Silencio. ¡Que hable!
Idioma pleno,
¡oh silencio! Alma
de las cosas, cuerpos.
¡Oh pentecostés
de lenguas de fuego!
¿Pregunto?... Respondes
mi Dios, en silencio".

(Ob. cit., 159-160)

Evidente es, en este poema, el hilozoísmo hernandiano, al concebir a Dios como "alma de las cosas", cuya inmanencia en lo creado, situando en lo eterno el acto creador, acto continuo, se separa del Dios personal para admitir la consubstancialidad del ser. La tesis, por otra parte, tan entrañada en las doctrinas orientalistas, se manifiesta también en otros grandes escritores españoles tanto clásicos como contemporáneos.

Asimismo, en cualquier experiencia mística, la posesión del silencio y de la inefable felicidad que proporciona revela la unidad de los contrarios, por cuya suprema virtud, las diferencias que presenta el cosmos lo son únicamente en lo fenoménico. Y, de este modo, trascendentalidad e inmanencia son, a lo sumo, dos propiedades metafísicas de un mismo y único ser, llámese Dios o Naturaleza.

Miguel Hernández expresa como sigue esta verdad:

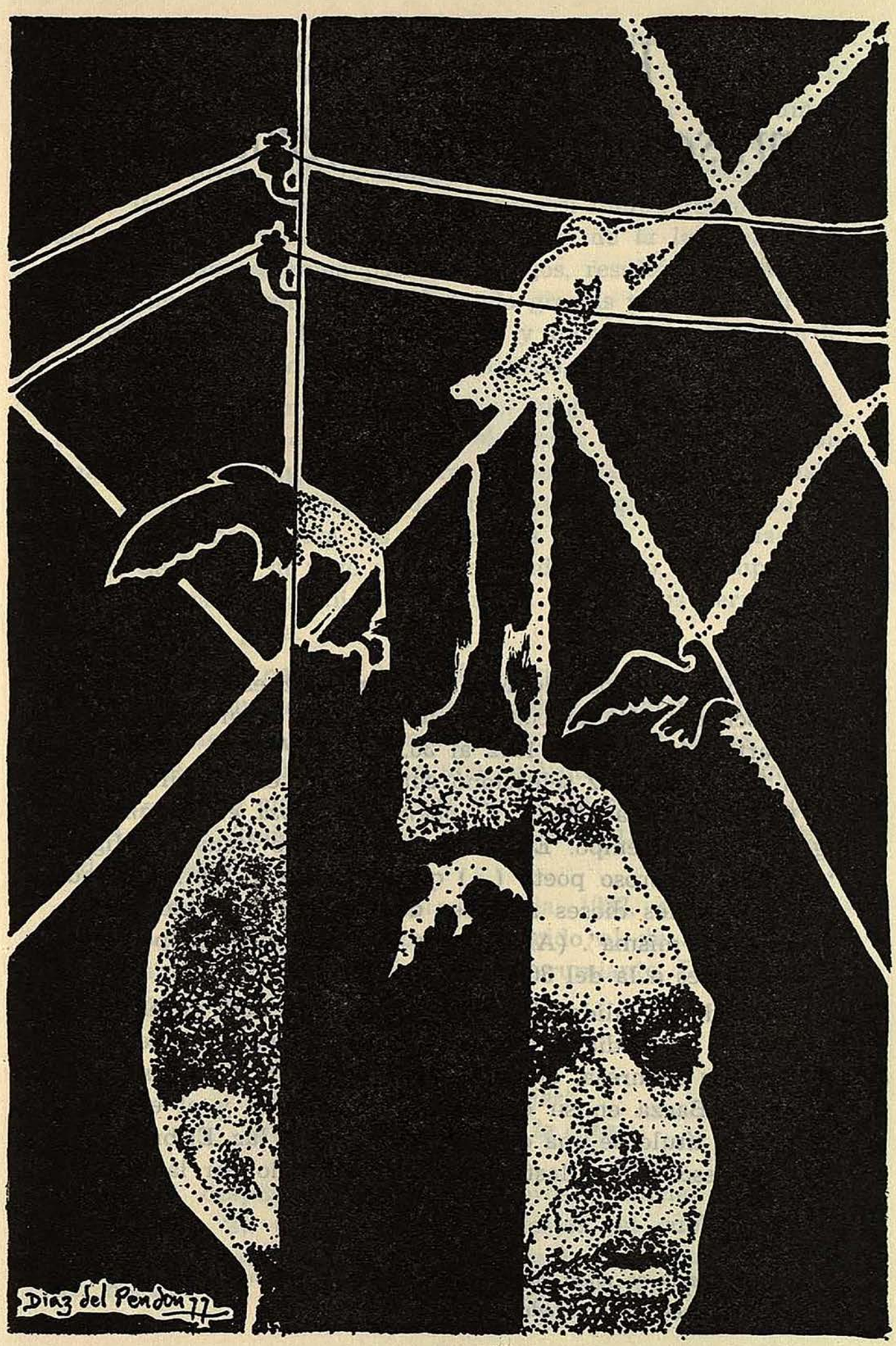
"Gran-Todo-de-la-nada-de-los-casis".

(Ob. cit., 167)

Esta gran intuición poética y ontológica prueba de modo incontrovertible, a nuestro entender, el animismo y la religiosidad aconfesional, profundamente emotiva, de Miguel Hernández en los dos años que median entre *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa.*

vicente ramos

Ministerio de Cultura 2011



josé antonio díaz del pendón

Ministerio de Cultura 2011